

Las tentaciones del monje, mis tentaciones

Luis de Montemayor

Monje trapense. Cuba.

Los Padres de la Iglesia afirman que las principales tentaciones que acechan a un monje son las que afectan al deseo, al ardor, y al orgullo.

Afectan al deseo la *gula*, que no es sólo apetito físico, sino desenfrenado deseo de novedades, incluso espirituales, es decir, la tentación de la dispersión, algo tan frecuente en los que tenemos pereza; la *lujuria*, tentación de desviar el corazón y el afecto respecto de lo esencial, que para los Padres de la Iglesia es el Señor; la *codicia espiritual*: después de meses o años, o incluso décadas, de intentar ser fieles, al constatar nuestro escaso avance, incluso nuestros retrocesos, nos domina una sensación de derrota y de hundimiento, junto a una rebeldía contra Dios achacándole no habernos dado cuanto creemos merecer con nuestro esfuerzo, tan valorado, tan meritório...

Afectan al ardor la *tristeza*, pues nos consideramos víctimas (no me valoran, no cuentan conmigo, no les

parezco suficientemente interesante), a la vez que despreciamos a los supuestos victimadores: la *ira*, que centra en las demás personas nuestra frustración, forma emocionalmente inadecuada de llamar la atención (¡y entonces nos convertimos en dinamita interior, estallando al menor roce!); la *acedia*, descrita así por el monje Casiano: «El monje se lamenta frecuentemente del escaso progreso que ha realizado después de tanto tiempo que habita en soledad; de los escasos frutos que él puede esperar mientras permanece ligado a tan mediocres compañeros. Él podría dirigir, servir a otras almas, y no edifica a nadie, ni a nadie beneficia con su dirección ni con su saber. Ensalza los monasterios que están lejos del suyo. Habla de ellos como lugares donde el progreso espiritual y la salvación son sumamente fáciles; describe el atractivo, el aprovechamiento que se experimenta en compañía de tales monjes... Vuelve la mirada a todas partes; ansía constantemente que alguno de sus hermanos le venga a visitar. A cada momento sale de su celda y vuelve a entrar». ¡Cuántas veces, hermano Casiano! he-

mos sentido también nosotros la *acedia*, sobre todo cuando las cosas no nos van como nosotros queremos que nos vayan, cuando no vemos los frutos, cuando queremos contabilizar y rentabilizar nuestro esfuerzo, grande o no tan grande!

Afecta al orgullo la *vanagloria*: anhelamos la fama, el que los demás hablen bien de nosotros, el que nos miren, remiren y admiren, aunque lo camuflemos con el pretexto de hacer un bien a los demás. Pero nuestra mano derecha sí se entera de lo que hace nuestra mano izquierda, y hace lo posible por proclamarlo a los cuatro vientos. A veces, incluso, nos convertimos en propagandistas de nosotros mismos, no del mensaje objetivo...

Hasta aquí las tentaciones del monje, que de algún modo todos sentimos, porque el ser humano es el mismo en la celda o en la calle: pueblo pequeño, infierno grande.

Pero, cuando las pasiones están dominadas por las virtudes, el deseo se convierte en caridad y en sed de amor de Dios; el ardor, en esperanza; la razón, en fe, que ahora se convierte en verdadera sabiduría.